

El Buñuel. Homoerotismo y cuerpos abyectos en la oscuridad de un cine porno en Veracruz*

El libro *El Buñuel. Homoerotismo y cuerpos abyectos en la oscuridad de un cine porno en Veracruz*, desvela las interacciones sexuales furtivas entre hombres a través de informantes con prácticas homoeróticas, y de observaciones profundas de un mundo entre tinieblas. Imagino a Rosío Córdova Plaza y Jesús Pretelín Ricárdez observando durante los días y días de visitas, a través de una sala en penumbras, los cuerpos y las carnes humanas moviéndose o reposando en un ritmo cronometrado por el deseo y el placer.

Los análisis teóricos y relatos de los informantes se expresan en la extensión de una obra de 254 páginas de la editorial mexicana Ítaca, dedicadas, por decirlo en forma burda, al sexo entre hombres en el entorno de un cine porno que, por cierto, tienden a disminuir en las urbes mexicanas.

El término de “cuerpos abyectos” en esta obra no tiene el sentido mundano de lo envilecido, depravado, humillado o descompuesto, más bien se trata de un término académico para denominar como abyectos, dentro de las relaciones

de poder, a aquellos individuos sometidos.

El libro tiene seis secciones de reflexión y un apéndice de planos que detallan la complejidad espacial del uso del cine Buñuel para complementar las minuciosas descripciones espaciales de esa microgeografía; el glosario hace posible acceder a un lenguaje para no entendidos y saber sobre el sentido de adjetivos como *apestoso*, *hechizo*, *bicicleta*, *mayate* o *chacal*, verbos como *choriciar*, *coctlear*, *cotorrear*, *dedear* y *jotear*, o sustantivos como la *tortilla* y el *wawis*.

Yo detecto tres momentos en el ritmo del libro. Primero, hay una inmersión en los aspectos teóricos sobre la pornografía y la cultura de la heteronormatividad, lo cual, dado que solemos englobar erróneamente a las prácticas homoeróticas dentro de la cultura gay, nos permite comprender a las prácticas homoeróticas como vivencias sexuales complejas.

Córdova y Pretelín señalan el peso que tiene la pornografía en la vida social, por ejemplo, apuntan que, en 2016, la búsqueda del tema “pornografía” en la Internet arrojó más de trece millones de resultados. La pornografía está creada a partir de la idea del consumo masculino, y cuando las mujeres observan porno-

* Rosío Córdova y Jesús Pretelín, *El Buñuel. Homoerotismo y cuerpos abyectos en la oscuridad de un cine porno en Veracruz*, Ítaca, México, 2017, 254 pp.

grafía en sitios públicos, se les asocia con la prostitución.

Los cines pornográficos son los recintos donde se evidencia el poder del falo, y hay que considerar que el pene y el falo no son lo mismo; al respecto, los autores aluden a Jeffrey Weeks, quien dice que “los penes sólo son unas cositas (también grandes) con poco poder de permanencia, bonitos si se aprende a verlos así, pero no mágicos ni misteriosos ni poderosos en sí mismos, es decir, objetivamente carentes de poder real”. Pero el falo tiene un significado social de potencia, de autoridad. En el cine porno “el falo es el principal protagonista de todas las historias” y “logra que el espacio de la sala de cine se organice entre aquellos que lo poseen y quienes desean poseerlo o ser poseídos por él [...]”.

Luego, con base en Judith Butler, Córdova y Pretelín reconocen que en el cine porno las prácticas sexuales de los asistentes son diferenciadas, algunas se califican como superiores cuando se apegan al ideal del activo, e inferiores cuando son pasivas. Esto es importante cuando los autores hablan de una especie de graduaciones de la masculinidad en los varones que asisten al Buñuel (desde aquéllos considerados hipermasculinos como los chacales, hasta los muy afeminados como los hechizos); aquéllos que no son poseedores del falo, que no tienen su dominio ni el control sexual son los abyectos.

En una segunda parte, el ritmo del libro es un poco más relajado en la carga teórica, pero mucho más intenso en la inmersión que se hace en el mundo de los sujetos que acuden al cine porno; tal como se va descubriendo poco a poco, las películas plagadas de falos y vaginas no son más que una imagen de fondo, y lo que importa son los sujetos de carne y hueso, al tiempo que se van revelando las dudas: ¿por qué están ahí?, ¿qué hacen ahí?, ¿qué implicaciones personales y sociales tienen sus acciones?, entre muchas otras.

El Buñuel no es un espacio homogéneo, tiene una complejidad de áreas que dependen de las actividades sexuales buscadas por los asistentes y de su posición de poder en la cultura fálica. Córdova y Pretelín consideran que las acciones de los asistentes al Buñuel se dan a partir del espacio geográfico, así, distinguen entre espacio social y territorio o territorialización. Para los autores el espacio social sólo distingue a las personas entre sí, pero el territorio supone el dominio de los diferentes actores.

La parte de afuera del cine es el lugar de reconocimiento, en donde se puede saber con más precisión la procedencia de las personas; para los más temerosos, es un lugar de vulnerabilidad, también es el lugar para asignar etiquetas a los otros. Luego está la antesala, el lugar de sociabilidad, del reconocimiento entre pares, por lo

tanto, en este sitio no hay intercambio social entre posiciones identitarias consideradas más masculinas con las menos masculinas o femeninas; por ejemplo, no es el lugar de intercambio entre el hechizo y el chacal. Al interior de la sala, en la parte de abajo, se concretan las distinciones que se habían hecho en los dos lugares anteriores: es el preámbulo de la relación sexual; finalmente, el baño y la sala superior son, en general, los espacios de la concreción sexual.

Repentinamente, cuando parece que las páginas de este libro siguen dirigiendo al lector hacia la idea de que las vivencias sexuales dentro del cine porno son una forma de irrumpir en un orden establecido al liberar su sexualidad, el libro da un giro sorprendente, y viene una tercera parte muy confrontativa (que incluye parte del último capítulo y las conclusiones del libro): de pronto Córdoba y Pretelín logran evidenciarle al lector lo que subyace en este mundo de pulsiones y tensiones sexuales homoeróticas de los personajes involucrados y de su uso de espacios, a partir del análisis de las líneas de poder y la línea de la subjetividad.

Líneas de poder. El argumento es que aparentemente el cine porno es un espacio de libertad sexual en donde muchas prácticas son posibles, pero en realidad funciona como un dispositivo (en términos foucaultianos) que reproduce las relaciones de poder y some-

timiento propios del ámbito social afuera del cine, es decir, se reproduce la idea de que un “hombre” es normal, de modo que el individuo del cine más parecido a un hombre, aunque tenga prácticas homoeróticas, busca resguardarse a través de los usos de las partes de su cuerpo como el ser masculino por excelencia; por otro lado, está el homosexual que, por no ser el “hombre”, es anormal.

La línea de la subjetividad. Normalmente se observa al cine porno como un espacio de la máxima libertad en el orden sexual, porque es un territorio en el que se realiza lo que casi nadie se atreve a hacer, que es un acto sexual en el espacio público; tal vez se podría argüir que ni los propios individuos heterosexuales poseen este tipo de espacios tan abiertos para el ejercicio sexual; pero los autores argumentan que esta pretendida libertad en realidad tiene como telón de fondo el sometimiento, pues la denominación de los otros y la autonominación de los que se perciben a sí mismos como diferentes y fuera de la normalidad, les lleva a la búsqueda de los espacios oscuros para concretar sus deseos sexuales, tal como ocurre con el cine porno.

La territorialización del cine muestra que los individuos se reconocen como abyectos (en el sentido que le da Judith Butler), pues asumen un papel y se deben ceñir al espacio que les corresponde dentro del cine, en el cual llevan a cabo acciones que están permitidas

socialmente o no, acentuando con ello los roles de género y sexuales determinados por la sociedad: ellos dicen que “en su interior, el falo circula como objeto de deseo y dominación, manteniendo los juegos de poder de las masculinidades a buen resguardo”.

En esta parte de reflexión final, Córdoba y Pretelín se preguntan por qué están desapareciendo los cines porno de la escena urbana de las ciudades. Y con esto se observa una perspectiva tendiente al lado positivo de las interacciones homoeróticas, pues los autores reconocen que al haber mayor aceptación de la diversidad sexual, con exigencia de plena ciudadanía, son

menos demandados los espacios que suponen un ocultamiento; también ha influido, afirman, el hecho de que se han diversificado los espacios o las formas de interacción homoerótica; finalmente, se asume que cada vez es mayor la disponibilidad de material pornográfico, presente no sólo en salas de cine sino, yo agregaría, en las redes sociales, las cuales van tomando un papel cada vez más importante en la conectividad de individuos para concretar vínculos sexuales.

Álvaro López López
Instituto de Geografía,
UNAM